

SERMÓN

-DE-

Ntra. Sra. de Guadalupe,

FREDICADO

EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1902,

en la Capilla de la Hacienda
de la Sardina,

Por el Presbítero *Ildefonso Portillo,*

Cura y Vicario Foráneo
de Guanajuato.



GUANAJUATO.

Imprenta Económica de M. T. Mendoza.—Cantarranas 13.

1902.

BT660
.G8
P67
1902
c.1

017

BT660
.G8
P67
1902
c.1

017



1080082737

—SERMON—

—DE—

Nuestra Señora de Guadalupe,

PREDICADO

— EL DIA 12 DE DICIEMBRE DE 1902, —

en la Capilla de la Hacienda
de la Sardina,

Por el Presbítero Ildefonso Portillo,

Cura y Vicario Foráneo
de Guanajuato.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

GUANAJUATO.

FONDO EMETERIO
"Imprenta Económica" de M. T. Mendoza.—Cantarranas No. 13.
VALVERDE Y TELLEZ 1902.

42170

BT660

68

PG7

1908

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



Capit. Alvarado
Biblioteca Universitaria



FONDO ENTEBRIO
VALVERDE Y TEÑEZ



Exurgens María abiit in montana cum festinatione.

Y levantándose María, fué con prisa á la montaña.—Luc. cap. I. v. 39.

CUANDO María camina con apresuramiento á la montaña; cuando entra por las puertas de la casa de Zacarías y visita á Isabel, va á hacer ostensible sus misericordias, á dar una prueba de su piedad sin límites, y á llenar de favores é imponderables bienes á toda aquella familia afortunada.

Los intérpretes sagrados que comentan este evangelio, han encontrado en esta gran visita de María, un argumento sólido de su beneficencia, su compasión, su amor y piadosas entrañas á favor de los hombres.

La afable dulzura con que se digna saludar expresiva á su dichosa Prima, quien recibió desde aquella hora al Espíritu Santo en toda su plenitud; el poder que ejercita dando el habla á Zacarías, que estaba mudo; la caridad de Madre con que lleva en su virginal vientre al Santificador, que liberta á San Juan de la original culpa; el amor inefable con que se detiene en aquella casa por dilatado tiempo, obsequiosa, diligente, laboriosa, solícita, siempre ocupada en hacer bien á todos; todo esto nos obliga á afirmar con San Cirilo, que éste es el día grande de las misericordias de María; la manifestación de sus piedades; el público ejercicio de su gran Patrocinio, y una prueba sensible nada equívoca de aquel admirable cuidado que tuvo y tendrá siempre de proteger benigna y poderosa á los más miserables pecadores.

Este día es también el de su exaltación grande, de sus veneraciones, de sus glorias, de sus raros elogios y rendidos obsequios. ¡Dios inmortal! No se pueden leer, sin llenarse de asombro, aquellas expresiones tan brillantes, que en ho-

005017

nor de María se acaban de cantar. ¿Qué se puede añadir para su gloria, después de escuchar estas cláusulas santas? ¿No fué ésta la ocasión en que se le proclamó la bendita entre todas las mujeres? Gloríese Sara de haber sido la más hermosa y agraciada; Raquel la más compasiva; Lia la más fecunda; Judit la más fuerte; Esther la más piadosa; Abigail la más discreta; la Sunamitis la más amable, y Susana la más pura. Una entre todas será la bendecida: *Benedicta tú in mulieribus*. ¿No fué ésta la ocasión en que el gran Precursor, aún encerrado en el materno claustro, la festeja, la celebra, la venera y la exalta, con las demostraciones más alegres? *Exultavit in gaudio Infans*. ¿No fué el momento en que la misma Virgen, prorumpió en aquel cántico que ha sido y será siempre un compendio admirable de sus mayores glorias y sólidas grandezas, y en el que publica á todos, penetrada de júbilo, haber recibido cosas grandes del que es Omnipotente, y predice que será la feliz, la dichosa por todas las gentes y naciones del mundo, de edad en edad, hasta los últimos siglos? *Beatam me dicent omnes generationes*. ¿No fué aquí, finalmente, en donde se dió á María aquel título ilustre de Madre del Señor, que es el epílogo de todas sus grandezas, el principio fecundo de sus privilegios é inefables honores, la materia inexhausta de todos los elogios de los Padres, de los Doctores y aún de los mismos Angeles? *¿Ut veniat Mater Domini mei ad me?*

La Iglesia aplica á esta solemnidad, que nos llena de júbilo, el Evangelio que acabais de escuchar. Es que esa misma Virgen Inmaculada, esa portentosa Criatura esa amable María que veneramos en su Imágen Guadalupana, nos recuerda que se dignó visitar nuestra feliz tierra, que vino presurosa brincando los collados de la gloria, hasta llegar á la colina del Tepeyac, y aparece en México, en medio de este pobre suelo indiano, para hacer ostensibles sus piedades y comunes beneficios en favor de nosotros que estamos bajo la sombra benéfica de su Patrocinio: *Exurgens María*

abiit in montana. Así como en la casa de Zacarías ejercitó sus piedades, así también en su Imágen Guadalupana ha derramado sobre este Pueblo sus misericordias. Este será el asunto que ocupará vuestra atención. Imploramos el auxilio de la divina gracia, por intercesión de la misma Virgen Santísima.

AVE MARÍA.

Exurgens María abiit in montana cum festinatione.

Y levantándose María, fué con prisa á la montaña.—Luc. cap. y v. cdo.

I.

Apenas el divino Verbo había entrado en el claustro virginal de María, cuando inflamada en el amor divino, sube á las montañas de la Judea, á derramar sus gracias en la casa de Zacarías, pues con sólo esto se templaba el ardor y llama de la caridad del Dios humanado. Sube, porque cuando Dios viene á una alma, no la deja ociosa, sino que levantándola del descanso, trata de subirla al cielo, por el ejercicio de las virtudes, y para esto deja lo mundano, huye de lo bajo, desprecia lo terreno, renuncia al descanso, y por el trabajo procura subir á las virtudes y avecindarse en el cielo. Semejante á los ciervos, dice David, que conociendo que en los llanos, campos y valles corren riesgo y peligro de los cazadores, á toda diligencia se suben á los montes, y no paran hasta la cumbre más eminente y levantada. María sube sin atender ni á la ternura de su edad, ni á la delicadeza del cuerpo, ni al recato humilde de su virginal recogimiento, ni al rubor de las gentes; ni lo prolijo de los caminos, ni lo áspero de los montes, ni las incomodidades de la pobreza, ni los frios, ni los vientos, ni los calores fueron poderosos motivos para detenerla, ni entibiar un sólo pun-

to su diligencia y cuidado. Entra María y saluda á Isabel, y ésta, ilustrada por el Espíritu Santo, prorumpe en clamorosas voces: "Bendita tú, entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre" en virtud de esta luz divina, conoce la dignidad altísima de María soberana, y como asombrada de ver ante sí una maravilla tan grande, por eso dió aquel clamor, que fué hijo de la admiración y asombro que le causó el conocer la grandeza de Nuestra Señora. El primer efecto de la visita de María, fué iluminar á Isabel. Volved los ojos á esa peregrina Imágen de Guadalupe, y ved lo que hace en nuestra tierra. Ella aparece al indio afortunado, entre armoniosos cánticos, melodías suaves y conciertos dulcísimos de espíritus angélicos. Ella se deja ver rodeada de luces tan brillantes que, hiriendo en los peñascos, los tunales y arbustos, parecieron al dichoso Juan Diego, las lajas, diamantes, los tunales, manojos de esmeraldas, y los demás arbustos, de oro resplandeciente. Veo que el cielo se empeña en hacer concurrir á sus aplausos, ya un vistoso arco iris que le sirve de trono; ciñe en su cabeza corona de solares rayos; una cruz brillante se advierte en su pecho; vestida de refulgente sol que la circunda; adornan su manto color de mar, cuarenta y seis lucidas estrellas, y pisa con garbo la brillante Luna. ¿No son todas estas cosas emblemas de la luz que nos comunicó? luz resplandeciente y pura que desterró las sombras, apartó las tinieblas, abatió los ídolos, derribó sus altares, estableció la ley y promulgó el Evangelio. Ella es aquella Columna mística con los mismos efectos que allá la del desierto, para conducir á los de este Emisferio á la feliz Canan, á la celestial Patria. Ella es aquella Lámpara inextinguible que engendrando en su seno al Sol divino de Justicia, ha emitido sus refulgentes rayos. Ella es aquella Estrella matutina, que apareciendo en nuestro horizonte, ha venido á iluminar á los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Podemos escuchar, que al bajar María á nuestro suelo, dirían los

ángeles, entre suaves cánticos: ¿Quién es Esta, que baja hácia el desierto, como una vara de humo, cuya suave fragancia atrae fuertemente para su exaltación á todos los habitantes de la gloria? ¿Quién es Esta, que camina por el desierto, abundando de delicias, que amanece á las Indias como temprana aurora, en los mismos principios de su conversión y conquista, que se presenta á todos los de esta tierra, bella como la Luna, escogida como el Sol, esforzada y terrible como un ejército ordenado? ¿Quién es Esta, exaltada sobre los mismos sabios Querubines que le sirven de glorioso escabel, en el día que baja á la América, que nos hace correr tras el suave olor de sus perfumes y nos atrae del cielo, cuando viene á habitar entre los indios? ¿Quién ha de ser? ¡oh espíritus angélicos! es esa hermosa Guadalupana Imágen, que ha querido tener en nuestra tierra su más gloriosa y célebre exaltación. Es esa hermosa Guadalupana Imágen, que ha querido venir á nuestro México, con más cortejo, con más grandeza y séquito de Ministros y Príncipes del cielo, que la Reina de Sabá á la corte famosa del Rey Salomón. Es esa hermosa Guadalupana Imágen, que apenas pone sus adorables plantas en nuestro feliz suelo; apenas visita á los mexicanos, ya disipa sus tinieblas y se ve engrandecida, venerada y exaltada, de un modo singular, siendo desde entonces el hechizo de todos los corazones.

II.

El segundo efecto que produjo la visita de María, fué la santificación del Bautista, pues apenas oyó su voz, cuando el niño Juan, todavía en el vientre de su madre, sacudió la esclavitud del demonio, y dió saltos de alegría y de gozo, de verse libre y en gracia de su Criador. María de Guadalupe fué desde los principios un imán poderoso, para que los pobres indios sacudieran el yugo del demonio. Ella fué

un atractivo fuerte, que arrebató su afecto, les robó la atención y corazones, y todos vinieron al Señor, por medio de su Madre. Registrad las historias de nuestra Patria, repasad bien sus fastos, y vereis la razón con que puede afirmarse que los mexicanos todo se lo deben á María de Guadalupe. Pudiendo el Señor decir: "Cuántos vienen á mí; cuántos han abrazado el Evangelio y me adoran, todos vienen por medio de mi Madre." Desde que María de Guadalupe fué colocada en su Templo, ved aquí que luego, conmovidos los indios, arrojan los ídolos, destruyen sus altares, abrazan la ley, creen en el Evangelio, y todos se empeñan en venir, atraídos por la rara hermosura de esa Imágen y la condescendencia de esa Madre, á venerar el lugar que Ella honró con sus piés. Sus hijos los indios, vinieron desde lejos, y sus amadas hijas que tenía á su lado, se levantaron presurosas para venir á verla y venerarla. No atraía más israelitas la incomparable Débora, cuando ocurrían á su tribunal recto, por la necesidad y vasallaje, debajo de su elevada y frondosa palmera, como atrae esa Imágen, al feliz Tepeyac, á tantos Peregrinos humildes y devotos, conducidos de su entrañable afecto, amor singular y cristiana gratitud. No fué más exaltada Judit triunfante, cuando de todas partes de Israel vinieron á Betulia á celebrarla, que lo que es María por sus amados hijos los mexicanos, que concurriendo con frecuencia á su Templo, ensalzan á su Madre, y pronuncian, con lágrimas de gozo: ¡Oh María! ¡Oh Imágen admirable! ¡Tú eres la gloria de México! ¡Tú, la alegría de sus habitantes! ¡Tú, la honra de nuestro pueblo!

Cuántas veces perdidos en la tenebrosa noche del pecado, cuando soplabá el vendaval furioso de las pasiones, hemos sido guiados por el esplendor benéfico de María de Guadalupe, y sólo por su influencia hemos encontrado el verdadero camino Jesucristo vida nuestra. Cuántas veces oprimida nuestra alma por hondos pesares, se han conver-

tido en gozo, con sólo contemplar su Imágen Guadalupana. Por eso las vírgenes del Anahuac, de tez morena y negros ojos, ponen sobre su pecho el nombre de la Indiana Virgen, como el muro defensor de su castidad; el valiente mexicano le ha puesto al frente de sus combates, como el escudo invencible á sus enemigos, y ha sentido arder en su corazón el amor patrio, al grito de: ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! el anciano la contempla en su grata armonía, como el sello final de su esperanza, y el niño balbuciente unge sus labios, por la vez primera, con la dulzura que emana de este nombre celestial, pues María ha sido siempre, para este pueblo, en su Imágen Guadalupana, una Fuente copiosa de favores, un Muro de defensa, una Ciudad de asilo, un Lugar de refrigerio, un Iris de paz y una Madre tierna y amorosa, que viene á protegernos y ampararnos.

III.

El tercer efecto que produjo la visita de María, fué el dar la salud á Zacarías que estaba mudo, pues según el sentir de algunos, María permaneció en aquella casa hasta el nacimiento del Precursor, y aún sin eso no podía haberla obtenido sin la mediación de Aquella que trajo la salud al mundo. Pero volved vuestros ojos á aquél áspero cerro del Tepeyac, teatro de tantas maravillas. Allí vereis á la Flor de los campos, al Lirio de los valles, á la Azucena cándida y á la Rosa fragante, que ha sido exaltada en este Jericó, que embalsamando el ambiente con sus perfumes, calma todas nuestras dolencias, cura todas nuestras enfermedades y reanima nuestros espíritus abatidos por el dolor. Allí vereis, poseidos de asombro, la mística Zarza del Horeb Mexicano, que obliga á que se acerquen para aplaudir esta

visión tan grande para todos los ángeles y todos los hombres. Allí vereis, en ese misterioso cerro, á María, exaltada más que la Palma en Cades, como Reina triunfante, ofreciéndonos una sombra de amparo y protección. Allí vereis aquella Escala elevadísima del verdadero Jacob, que descendiendo desde el cielo á nuestro país, toda llena de ángeles, convirtió nuestro suelo en remedo envidiable de la gloria. Allí vereis el Lecho magnífico del divino Salomón, en cuya construcción se han empleado las más nobles materias, y ocupado los más sabios artifices. Vedla allí, finalmente, como un imán poderosísimo de la celestial Corte, que atrae consigo dulcemente á todos, brindando la salud. Dígalo si nó aquél indiano pobre, herido de mortal saeta, que obtuvo la salud con sólo contemplar su poderosa Imágen; díganlo si nó aquéllos navíos y flotas, que agitados por terribles y encrespadas ondas, no han zozobrado porque han acudido sus pilotos á la Guadalupeana Vírgen. Díganlo si nó el fuego, la tierra y aún el aire, que han contenido sus horribles furores para no causar daño á los devotos hijos de esta Madre. Dígalo la Laguna de Texcoco, á quien puso María los precisos términos para que nunca pasara á inundar á la ciudad de México. Díganlo si nó finalmente todas las enfermedades y desgracias que han hallado en María su remedio más eficaz y poderoso, pues Ella ha descendido con apresuramiento á nuestro suelo, para impartirnos su protección. Exurgens María.....

¡Oh Judit valerosísima! corta la cabeza del soberbio Holofernes; retira á Satanás de esta tu amada Betulia, de este tu pueblo queridísimo á quien has tomado bajo tu segura defensa. ¡Oh esclarecida Jael! traspasá con el clavo de tu poder sin límites, la cabeza de ese Sísara fiero. ¡Oh gloriosa Arca del Testamento! colocada en tu Templo, rueda y echa por tierra la estatua del infame Dagón. ¡Oh Vírgen

Guadalupeana! haced que los vientos soplen suaves, que las nubes vengan fecundas, que florescan los valles, que fructifiquen las plantas, que las campiñas dilatadas abunden en granos. ¡Vírgen Santísima! retirad nuestras tristezas, desconsuelos y angustias; enjugad nuestras lágrimas, socorred nuestras necesidades, amparadnos en la vida, y cobijadnos con el manto de vuestra protección en la hora terrible de la muerte, para que así podamos gozar de vuestra presencia soberana por toda la eternidad.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

005017

